

UNA DE LAS ÚLTIMAS COSAS QUE ME DIJO MI PADRE

Una mañana de otoño, cuando se cumplían seis años de la muerte de mi madre, decidí llamar a mi padre para anunciarle que iría a verlo. Mi padre me dijo al teléfono que no iba a tomarse el trabajo de ir a recogerme a la estación de trenes. «Haz lo que quieras», le dije, pero él me respondió: «Nadie, ni siquiera Dios todopoderoso en el cielo, puede hacer lo que quiere. Todos, absolutamente todos, estamos condenados a hacer sólo lo que podemos», dijo. Yo colgué sin despedirme.

No había sido lo que podía llamarse una buena conversación, pero era la primera que mi padre y yo teníamos desde que yo me había marchado de su casa. Cuando eso pasó, mi madre lo obligó a poner el teléfono y él lo hizo instalar en la segunda planta, junto al dormitorio, con lo que mi madre tenía que subir las escaleras apresuradamente cada vez que el teléfono sonaba. No es improbable que mi padre lo hiciera así para disuadir a mi madre de hablar conmigo; cada vez que la llamaba, tenía que esperar varios minutos antes de que ella alcanzara el auricular. Mi padre no lo cogía aunque estuviera al lado, y todo el asunto me resultaba tan irritante que comencé a llamar con menos asiduidad, primero dos o tres veces por mes y luego sólo una, hasta que finalmente dejé de hacerlo. Sin embargo, puede que esas llamadas que yo hice hayan matado a mi madre. Mi madre fue desmoronándose lentamente

ante la mirada de mi padre, que, supongo, asistía indiferente o complacido a sus esfuerzos por alcanzar el teléfono cada vez que yo llamaba, pero mi madre tenía cáncer en la cadera y apenas podía tenerse en pie; yo esperaba seis o siete minutos a que cogiera el teléfono mientras tiritaba en el interior de una cabina telefónica en Berlín o en Colonia o donde fuera y luego, finalmente, colgaba; claro que no sabía que mi madre estaba enferma. Mi padre ni siquiera se tomó el trabajo de coger el teléfono durante el tiempo que pasó en el hospital. Mi madre murió un jueves y yo me enteré el viernes de la siguiente semana, cuando unos vecinos me dejaron un mensaje en el teléfono de unos amigos diciendo que tenía que recoger algunas cosas de mi madre que mi padre había dejado allí. No es fácil cargar con eso, y aún suelo recordar a mi madre las tardes de invierno, cuando oscurece prematuramente a las cuatro de la tarde, porque era a esa hora cuando me gustaba hablar con ella, viendo a través de los vidrios de la cabina cómo la luz cambiaba, todo se ponía azul por un instante y luego, como si alguien hubiera simplemente accionado un interruptor, ya no había nada, sólo el reflejo de mi rostro en el vidrio. Mi madre tenía cabellos rojos y arrugas en los costados de la boca, y yo tengo el cabello rojo también. Es todo lo que ella me ha dejado.

Mi padre estaba esperándome en la puerta de la casa, fingiendo que trabajaba en un jardín al que era obvio que nadie le había dedicado ni un poco de atención en los últimos seis años.

Mi padre se parecía bastante a como yo lo recordaba, el hombre fornido, de rostro siempre congestionado, que se exhibía mostrando sus heridas de guerra por la casa y que en verano solía comer con el torso desnudo porque sabía que eso me irritaba; sobre el omóplato izquierdo tenía una cicatriz del tamaño de un lápiz que le había hecho un ruso durante la caída de Berlín. Yo había escuchado la historia decenas de veces, pero

él, que no dejaba de tocarse la cicatriz mientras comía porque sabía que eso me repugnaba, solía contarla una y otra vez: el ruso le había hecho el tajo con un cuchillo al ver que mi padre, que permanecía en uno de esos agujeros en los que todos se metían durante aquellos días, se rendía. «Unos centímetros más arriba y yo estaría muerto», reía mi padre, pasándose un dedo por el cuello, lo que para él, evidentemente, era el colmo del refinamiento.

En cualquier caso, al verlo, pensé que mi padre parecía estar haciéndolo bastante mejor que yo; desde la muerte de mi madre las cosas se habían torcido para mí, sin que yo supiera muy bien por qué: primero había perdido el puesto de asistente que tenía en la universidad donde estudiaba, luego tuve que dejar los estudios para comenzar a trabajar como sereno y después perdí también ese trabajo y muchos otros posteriores. Me quedaban algunos amigos y en algún punto decidí que lo mejor era vivir con ellos. Entonces comencé a dormir en los sofás de todas las personas que conocía, siempre una noche o dos; al principio no era la falta de dinero lo que me llevaba a hacerlo, sino la sensación de irresponsabilidad que venía con ello, la impresión de que no tenía casa ni obligaciones, y no estaba mal, pero el problema de vivir así es que no puedes tener demasiadas cosas que te pertenezcan, con lo que tuve que desprenderme de casi todo, incluyendo los libros y la ropa. En ocasiones, cuando no podía dormir, me levantaba del sofá y miraba los libros de mis huéspedes —en esas casas, los sofás siempre solían estar junto a los libros, como si no fuera posible leer libros de pie o acostado— y luego pensaba que, aunque yo había leído alguna vez uno tras otro, sin darme pausa alguna, ya no podía siquiera echar una mirada a sus portadas. Muchas veces me levantaba del sofá e iba hasta donde estaban los libros y les pasaba el dedo por los lomos o cogía alguno y leía una línea o dos. Leía «Franz Biberkopf entra en febrero ahogando en alcohol su repugnancia del mundo y su fastidio», y cosas así, pero no llegaba a comprender su sentido; a mí, esos libros sólo me recordaban quién había querido

ser y no había podido, y nunca robé ninguno porque sabía que si era descubierto perdería la posibilidad de volver a dormir en esa casa. Una camisa limpia siempre hacía mucho por conseguirte el próximo sofá, y yo solía tenerlas immaculadas porque las lavaba a mano en el baño y luego las dejaba secar sobre la hierba del Tiergarten, donde iba a matar las horas del día antes de salir a buscar otro sofá donde dormir. Yo simplemente estaba de paso.

Mi padre me dijo «Hola» cuando me vio, y siguió cortando la hierba. Yo entré a la casa y me serví un vaso de agua del grifo. No parecía haber habido grandes cambios desde que me marchara, excepto que ahora todo parecía mucho más frágil. Mientras miraba las viejas sillas —nunca habíamos tenido más que cuatro— recordé una exposición que había visto en Berlín, cuando las cosas aún no se habían torcido. Se trataba de fotografías de un tipo que había retratado sitios donde antes había habido casas y ya no las había; en un televisor que había en un rincón, los antiguos habitantes de esas casas contaban cómo eran y qué cosas les habían sucedido en ellas y qué sensaciones relacionadas con esos sitios podían evocar. Muchos, en particular los ancianos, rompían a llorar al recordar sus antiguas casas; otros hacían bocetos que mostraban a la cámara para explicar dónde estaba cada habitación, pero los bocetos resultaban incomprensibles o demasiado pequeños para verlos con claridad. Una mujer contaba que en una de las casas había perdido un pendiente; miraba fijamente a la cámara y no volvía a hablar durante varios minutos; muchos años después, comprendí que ese pendiente era la pieza de un rompecabezas que había quedado hecho añicos. Si había un Dios, pensé entonces, era a él a quien había que reclamarle aquel pendiente, cuya pérdida había condenado a una mujer a la locura.

Yo nací tras la guerra, cuando mi padre escapó de Berlín; por entonces él tenía cuarenta y cuatro años y mi madre treinta y seis. Mi madre era alsaciana. Mi padre había nacido en

Schönhausen y fue allí donde se llevó a vivir a mi madre. Mi padre comenzó a trabajar en pequeñas reparaciones de tractores y otras máquinas cuando terminó la guerra; antes de ella había sido maestro, pero al volver prefirió dedicarse a otra cosa, supongo que porque su visión del mundo había sido puesta en entredicho por la guerra, que era parte del paisaje para nosotros. En la cocina aún colgaban las botellas que él había fabricado con restos de granadas antitanque, y los coladores estaban hechos con máscaras antigases en desuso. Supongo que eran lo que más me recordaba a mi infancia en esa casa, pero mi infancia era algo que yo no quería recordar: contra la evidencia de que un niño no puede hacer demasiadas cosas mal simplemente porque no puede hacer demasiadas cosas, mi padre siempre encontraba razones para castigarme; cuando eso pasaba, generalmente al atardecer, cuando regresaba del trabajo, me enviaba a la cama y me decía «Mañana te azotaré», y yo lloraba y temblaba y esperaba lo peor durante toda la noche. Al día siguiente, sin embargo, mi padre fingía haber olvidado el castigo pendiente, y yo, que no había podido dormir, caía exhausto ante la evidencia de su superioridad, de su potencia de dios doméstico. Algunas noches, yo pensaba «Me iré de aquí, me marcharé y me llevaré a mi madre cuando lo haga», porque siempre había querido escapar de ese pueblo y de esa casa, desde que mis pensamientos empezaron a coger forma, a apartarse y a distinguirse y a resaltar sobre la masa informe de tonterías que, supongo, es la mente de un niño antes de que éste se convierta en un individuo, en alguien que piensa por sí mismo y siente por sí mismo y no sabe por culpa de quién está allí y cómo puede escapar de todo el asunto; pero yo no me había llevado a mi madre conmigo y ahora estaba muerta; mejor vivir en la masa informe de tonterías que saber que todo ha sido culpa de uno y cargar con eso.

No escuchaba más a mi padre en el jardín delantero; abrí un cajón y encontré algunos cubiertos del juego que mi madre

tanto quería: si hubiera tenido una casa donde ponerlos, una casa con cajones y con platos, los hubiera tomado y me los hubiera llevado también. En una estantería cubierta por una cortina encontré decenas de sobres de sopa de diferentes sabores, aunque la mayoría eran de patata. «Me gusta la sopa de patatas», dijo mi padre a mis espaldas. «Sí, lo sé», respondí. Mi padre abrió la nevera y sacó varios trozos de chorizo y de salchichas, que comenzó a cortar sobre una tabla mientras yo lo miraba hacer; luego sacó un tarro con pepinillos en vinagre y lo puso sobre la mesa, junto con algo de pan y dos platos. Se sentó y encendió un televisor que yo no había visto. Ése sí que era un cambio: cuando yo vivía allí, mi padre no nos había permitido nunca comprar un televisor, pese a la insistencia de mi madre. Sintió un programa de preguntas y respuestas y me echó una mirada. Yo me senté a su lado y comencé a comer. «¿Qué síntomas se registran en la enfermedad llamada de Alzheimer? –preguntaba un tío en el televisor–. Uno, fiebre y dolor de cabeza; dos, debilidad mental progresiva; tres, evacuación intestinal frecuente; o cuatro, movimientos involuntarios.» «Movimientos involuntarios», respondió mi padre entre dientes; el participante, un tío de Erfurt con pinta de bancario, escogió la tercera opción. Cuando el presentador dio la respuesta correcta, mi padre sonrió y dijo «Mierda», y agregó: «No tiene ninguna importancia. No importa cuánto te esfuerces por creerlo, son sólo palabras y conceptos, y ninguno de ellos tiene ninguna entidad». Yo no dije nada. «¿Sabes lo que decían los nazis?», me preguntó, pero no esperó que yo le respondiera. «Bueno, había dos clases: los que decían que la tierra era hueca y que dentro habitaban unos gigantes arios que nos ayudarían a ganar la guerra, y los que decían que eso era imposible porque la tierra es plana, plana y redonda; había bastantes peleas entre ellos, en particular cuando los jefes no estaban mirando. Yo, por aburrimiento, estaba un día con un grupo, y otro, con el otro. Un cabo que teníamos en Noruega preguntaba siempre: “Si un tío está de pie en el Polo Norte y otro en el Polo Sur, ¿por qué el del Polo

Sur, que está de pie abajo, no se cae?” y, como no sabíamos qué responderle, él decía que eso era porque la tierra es plana, y se reía como si hubiera ganado una batalla; pero sólo eran bravuconadas y, al final, cuando comenzó la verdadera acción, cuando nos lanzamos contra los rusos, una granada se lo llevó para arriba o para abajo o como sea, pero lo borró del mapa.» Mi padre se rió, festejando su propia historia. Yo miré de nuevo la pantalla. «No eran demasiado listos, los nazis», continuó mi padre. «Supongo que no me expreso con corrección», se burló suavemente de mí. «Todos éramos nazis por aquellos años, creo, pero no éramos muy listos. Sólo fueron listos los que se rindieron tan pronto como pudieron y escaparon de todo ese sinsentido, pero yo no pude, no sé qué me contuvo, y estuve en Noruega, a las puertas de Moscú y luego, cuando ya todo estaba perdido, también en Berlín. Supongo que no hice las cosas bien porque de lo contrario hubiéramos ganado la guerra, pero un hombre solo no gana guerras, ni dos. Ni tú ni yo juntos ganaríamos una batalla solos», dijo, y se rió: «Una unión perfecta: el cerebro y los músculos». Yo volví a mirar el televisor tratando de disimular mi fastidio. «No puedes cambiarlo: puedes intentar comprenderlo y darle vueltas en tu cabeza y hasta puedes hacerte llamar Job y quejarte, pero nada hará que el mundo a tu alrededor sea diferente. Yo he visto, en los refugios, en los últimos días de Berlín, a madres que explicaban a sus hijas de siete u ocho años ciertas cosas de las que nunca les habían hablado para que sus hijas supieran lo que iba a sucederles y no tuvieran aún más miedo, y luego llegaban los rusos y las violaban y nosotros teníamos que verlo todo y luego los llamábamos nuestros libertadores y cada año celebrábamos lo que habían hecho. No era fácil de tragar, pero al menos seguías vivo y podías dedicarte a tus cosas, si es que tenían algún sentido para ti. Mira», dijo mi padre señalándose la cabeza, «no puedes verla, pero hay una cosa en mi cabeza que se está comiendo mi memoria. No recuerdo exactamente cómo la llaman los médicos, pero es una jodida cosa contra la que no se puede hacer nada. Está allí y lo va comiendo todo y nadie

puede hacer nada. Supongo que dentro de algún tiempo ya no sabré siquiera cómo te llamas; me sentaré todas las noches frente al televisor y lo mismo dará que repitan el programa porque yo no tendré ningún recuerdo particular ni sabré que lo he visto ya decenas de veces. Un tiempo más y seré como una especie de planta, que toma el sol y no se pregunta si el sol ha salido ayer o saldrá mañana. ¿Y sabes qué? Me gustará, porque borraré la mierda con la que he tenido que vivir todos estos años, todas esos recuerdos y esos remordimientos. Si lo piensas bien, no hay mejor cosa que irse de este mundo habiendo olvidado todo; sólo me gustaría que los otros se olvidaran también de mí, de mi cara y de lo que he hecho. No siempre he sido lo que se suponía que debía ser; puedes llamarlo como quieras, pero esas cosas pueden matar a un hombre, en particular si se trata de uno que ha querido ser bueno y sólo ha hecho daño y ha provocado dolor». Mi padre se quedó pensativo un momento y luego recogió su plato y el mío y los puso en el fregadero; después subió a su cuarto y yo me quedé a solas frente al televisor. El programa de preguntas y respuestas había terminado y ahora pasaban uno de esos policiales alemanes sin ningún sentido en los que todos resultan ser buenas personas, los criminales incluidos, y lo estuve mirando un rato, pero no podía concentrarme en la historia ni en los personajes ni en el delito y al final acabé apagándolo y me quedé allí frente al televisor, sin pensar en nada.

Un tiempo después, mientras estaba en Berlín tratando de arreglar mi vida, recordé esa conversación y entendí que lo que mi padre había dicho era lo más cercano a una disculpa que una persona como él y con su pasado podía hacer, pero me pareció que esa disculpa había llegado demasiado tarde para nosotros. Mi padre murió unos dos años después de nuestra conversación nocturna pero para mí ya había muerto mucho antes. Le vi por última vez en un asilo para viejos en el que pasó la mayor parte de ese tiempo, en Brandeburgo porque los de

Stendal y Tangermünde estaban llenos en su momento: si quisieras, podrías recorrer Alemania saltando de asilo en asilo, como los personajes de Voltaire, y, probablemente, no te alcanzaría la vida para verlos todos.

Mi padre estaba sentado tomando el sol al final de un pasillo cuando fui a verlo. No tenía mal aspecto, pero su cabeza estaba vacía; cuando me acerqué, me preguntó quién era. «El nuevo enfermero», le respondí, y luego me quedé sentado un largo rato junto a él, en silencio. Entonces pensé que tenía que hacer algo, que tenía que despedirme de él de alguna forma y le cogí de la muñeca fingiendo que le tomaba el pulso, y él me dejó hacer y luego me preguntó: «¿Está todo bien?». «Perfectamente», le respondí yo, y entonces él dijo: «Ya lo sabía», y luego yo me levanté de la silla y me aparté y me oculté detrás de una columna y estuve llorando un largo rato, pensando que esas eran las últimas palabras que iba a escuchar de la boca de mi padre y que quizá él tenía razón cuando decía que era mejor olvidarlo todo. Luego miré hacia atrás y lo vi aún al final del pasillo, disfrutando de las últimas tardes de sol de ese otoño, y me marché. Mi padre murió cuatro meses después, a los setenta y nueve años. Nunca supe si había tenido alguna vez sueños o ilusiones, pero me gusta imaginar que no porque todas esas cosas acaban en la decepción y en el remordimiento. Quizá mi padre realmente los haya tenido, y todo el problema es que yo nunca llegué a conocerlo realmente. No importa, puedes llamar a esas cosas como quieras, puedes hacerle llamar Job y quejarte, pero no puedes cambiarlas: están allí y duelen, pero son todo lo que tienes.

